

EL MOVIMIENTO ARMADO DE LA CIUDADELA

De los numerosos relatos acerca de la llamada «Decena Trágica», publicados en los días que siguieron a la caída del gobierno de D. Francisco Madero, hemos escogido el que nos parece más verídico, más serio y más conciso, y que pertenece a un periódico metropolitano.

Nos hemos permitido modificar un tanto el texto en cuanto al estilo, sólo para evitar, como lo hemos advertido, que nuestra compilación, en lo que se refiera a relatos, tenga el menor color político.

El complot se fraguó en la Habana

El movimiento revolucionario que derrocó al Gobierno del señor Madero se gestó en la Habana, a raíz de que fué internado en la prisión de San Juan de Ulúa el general don Félix Díaz. En aquel lugar, los generales Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz y el señor Cecilio Ocón, que ha aparecido durante este movimiento como uno de los principales jefes, establecieron un núcleo revolucionario con objeto de poner en libertad al general Félix Díaz y a sus compañeros que tomaron parte en los sucesos de Veracruz. Después de estudiar detenidamente su plan, sus autores llegaron a la capital de la República, a donde ya había sido trasladado el general Díaz, pues parece que el Gobierno algo había descubierto del complot y comenzó desde luego a hacer sondeos precautorios entre los militares de alta categoría de guarnición en la plaza. Ya teniendo a su favor las mayores probabilidades de éxito, señalaron la fecha del 18 de febrero para que estallara el movimiento; pero habiendo descubierto el Gobierno algo de lo que se fraguaba, los principales autores precipitaron el desenlace, señalándose el domingo 9 para principio de la sublevación.

El plan, que fué llevado a la práctica en su mayor parte, consistía en poner en libertad a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, que se encontraban en las prisiones de Santiago y Penitenciaría del Distrito, con un movimiento simultáneo de fuerzas combinadas, que asaltarían después el Palacio Nacional, la Ciudadela y principales dependencias de la Secretaría de Guerra, en tanto que los alumnos del Colegio Militar harían prisionero a don Francisco I. Madero, decretándose el estado

de sitio en la capital y estableciéndose un gobierno militar mientras se pacificaba el país. Como se verá por el resto del relato, circunstancias imprevistas cambiaron esta parte del plan.

El domingo de sangre

A las 5 de la mañana del 9 de febrero se inició el movimiento simultáneo en Tlalpam y Tacubaya, de donde respectivamente partían los alumnos de la escuela Militar de Aspirantes, y de Tacubaya 300 dragones del primer regimiento y 400 hombres del segundo y quinto de artillería.

Estos se encaminaron al cuartel de la Libertad, en donde se les unie-



Algunas víctimas del combate frente al Palacio Nacional

ron 100 hombres del primer regimiento y emprendieron el avance sobre la Penitenciaría. Cerca de las 6 de la mañana emplazaron sus cañones frente al edificio y lograron poner en libertad al general Félix Díaz, al mismo tiempo que los aspirantes viniendo de Tlalpam, fueron a la prisión de Santiago y pusieron en libertad al general Reyes, quien, al frente de algunas tropas que se le unieron, llegó hasta Palacio, en donde quedó muerto al tratar de penetrar por la puerta principal, pues ignoraba que el general Villar, comandante de la Plaza, con un valor temerario había logrado que las tropas que estaban ya de acuerdo con los rebeldes, se pusieran nuevamente de parte del Gobierno, debido a la enérgica actitud que asumió.

En el primer combate que se verificó en la plaza principal, a donde

habían ocurrido numerosas personas de todas edades, sexos y condiciones, perecieron no menos de 500 personas.

Más tarde, después que el cadáver del divisionario, siempre perseguido por una implacable fatalidad, quedaba tirado en Palacio, el brigadier Díaz, acompañado del general Mondragón, emprendía el ataque sobre la Ciudadela. Afortunadamente fué de corta duración y, cerca de la una de la tarde, después de parlamentar el general Mondragón, se rendía esta formidable fortaleza que había de ser el núcleo durante diez días de tantos sucesos angustiosos.

El Presidente Madero rumbo a Palacio

Acompañado de los alumnos del Colegio Militar, el presidente don Francisco I. Madero, al tener conocimiento de los sucesos que se acababan de desarrollar en Palacio, se dirigió al centro de la ciudad desde Chapultepec, refugiándose en la fotografía Daguerre, en donde se le unieron los ministros de Fomento, Hacienda, el general Victoriano Huerta y algunos diputados al Congreso de la Unión; pasando después a Palacio, donde se le reunieron los demás miembros del Gabinete y algunos militares.

En la prisión de Santiago

Mientras se desarrollaban estos sucesos en el centro de la capital, los reos de la prisión militar de Santiago entablaron una lucha terrible contra los guardianes, con el objeto de evadirse, habiendo durado el combate cuatro horas, en las que perecieron cerca de 200 reos, que iban siendo cazados a medida que salían del edificio. Los reclusos que allí quedaron, en la imposibilidad de poder evadirse, incendiaron la prisión.

Fusilamiento del general Ruiz

El general de brigada Gregorio Ruiz, que fué hecho prisionero al llegar a Palacio con el general Reyes, fué fusilado en el interior de Palacio, verificando la ejecución diez soldados al mando de un sargento y un oficial del Colegio Militar. En los momentos de ir a verificarse la terrible sentencia, solicitó permiso para dar sus últimas disposiciones testamentarias, y habiéndosele concedido que lo hiciera verbalmente ante el sargento del Colegio Militar, hizo a este algunas recomendaciones para su familia.

«Yo muero, dijo, con la convicción de que he cumplido un deber de amigo, ayudando al general Reyes para que saliera de la prisión donde se encontraba. El destino había dispuesto que terminara mi vida de soldado en esta forma.»

En seguida pidió permiso para mandar el cuadro que lo iba a ejecutar, dando con entereza las órdenes de «tercien, armas, apunten fuego.» El fusilamiento se verificó a las doce y cuarenta minutos de la mañana.

Aspirantes fusilados

Cuando se presentó el general Villar a Palacio, poco después de que los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes se habían apoderado de parte del edificio, los mandó desarmar.

Por orden del Presidente de la República fueron formados y «quinados,» habiendo perecido quince de ellos.

El Presidente en Cuernavaca

Cerca de las 3 de la tarde y a medida que se reconcentraron fuerzas, en su mayor parte rurales, frente al Palacio Nacional, don Francisco I. Madero se dirigió en automóvil hasta Cuernavaca para conferenciar con el general Angeles, a fin de traer el mayor número de fuerzas posibles para atacar la Ciudadela, en donde se había hecho fuerte el general Félix Díaz.

El día transcurrió en medio de la más angustiosa zozobra; las calles de la Capital se veían desiertas, como si todos los habitantes la hubieran abandonado repentinamente, pues esperaban que de un momento a otro empezara un ataque sobre Palacio o que de este lugar marcharan fuerzas para apoderarse de la Ciudadela. La alarma llegó a un grado extremo, cuando a las cinco y media de la tarde se escucharon un terrible tiroteo y algunos cañonazos que partieron de la Ciudadela hacia la prisión de Belén, motivados por una falsa alarma. La ciudad, desde que estalló el movimiento, quedó sin vigilancia alguna, pues no había un solo guardián del orden en ninguna calle. El pueblo, sea por el pánico o por un noble instinto de cultura, no cometió ningún hecho delictuoso y justo es tributarle un elogio.

Lunes 10.—Segundo día de espectación

La ciudad se despierta en medio de un profundo silencio; la circulación en las calles es exigua; el tráfico está paralizado por completo y sólo de cuando en cuando se ven pasar rápidos los automóviles de las cruces Roja, Blanca Mexicana y Blanca Neutral. En los edificios se ven las banderas de las naciones amigas protegiendo a sus moradores, como en una ciudad en estado de sitio. En las colonias, a trechos se destaca como un signo de consuelo, pero también de sangre, la insignia roja o blanca de las instituciones de beneficencia; en los puestos de socorros

no queda un lugar vacío para tantos heridos que luchan entre la vida y la muerte, atendidos desinteresadamente por nobilísimas y piadosas damas de la aristocracia y de la clase media, que han pasado una noche en vela tratando de arrebatar víctimas a la muerte.

Según los datos que se han podido depurar, las fuerzas que iniciaron el movimiento y se hicieron fuertes en la Ciudadela, llegaron a 1,500 hombres. En el arsenal, según cálculos aproximados, había parque de cañón y de fusil en suficiente cantidad para haber resistido un ataque continuado durante seis meses. El edificio de la Ciudadela cuenta en su recinto la fábrica de armas, la maestranza nacional y los almacenes generales de artillería.

En esta misma fecha se sabe que el Cuerpo Diplomático empieza a hacer presión sobre el presidente Madero, quien, en respuesta a una demanda de los ministros residentes, contesta que no puede garantizar la seguridad de las legaciones ni la de sus nacionales. En vista de esto, los señores ministros se dirigen al señor general Félix Díaz, quien ofrece dar todas las garantías que estén en su mano.

Los miembros de la comisión permanente y de la Cámara de Diputados se reúnen en el Palacio Nacional y resuelven dar al Ejecutivo facultades omnímodas en los ramos de Hacienda y de Guerra.

Dejan de salir la mayor parte de los periódicos diarios.

A las seis de la tarde de este día regresa a la capital el Presidente de la República con 2 000 hombres al mando del general Angeles. Hecho un recuento en los puestos de socorro, se sabe que se encuentran en ellos 1,050 heridos.

Llegan este día, procedentes de Celaya y de San Juan Teotihuacán, los regimientos 8º y 30º de rurales.

Empiezan a circular rumores alarmantes de que los zapatistas llegarán por Contreras a unirse con las fuerzas del general Díaz.

A causa de haber sido hecho prisionero en la Ciudadela el mayor Emiliano López Figueroa, Inspector General de Policía, es nombrado en su lugar el mayor de caballería Benjamín Camarena.

Con motivo del rumor propalado en México de que el general Blanquet estaba a punto de defecionar con sus fuerzas en la ciudad de Toluca, el jefe del 29º Batallón de entonces, puso el siguiente telegrama al Sr. Francisco Madero:

Cuartel General de Toluca, 10 de Febrero.

Señor Presidente de la República.—«Muy urgente.»

He sabido que en México se dice que he defecionado. Protesto enérgicamente sobre esta falsa versión y ruego a usted que ésta mi protesta se haga pública.—Respetuosamente, AURELIANO BLANQUET.

Don Francisco Madero contestó en los siguientes términos:

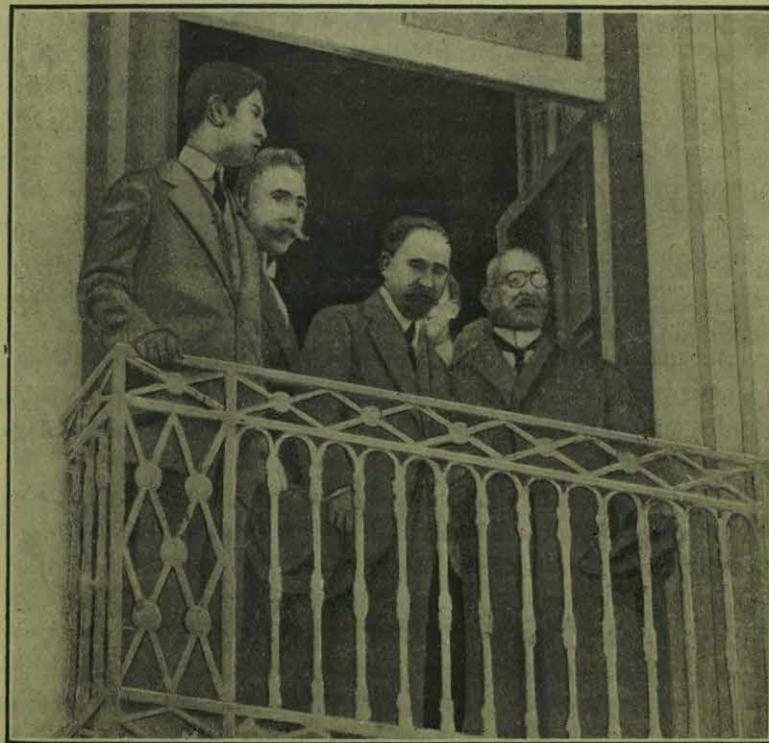
El señor Presidente de la República contestó al general Aurelio Blanquet en la siguiente forma:

Palacio Nacional, Febrero 10.

Señor General Aurelio Blanquet.

Nunca he puesto en duda su lealtad. Hoy mando hacer rectificaciones.

FRANCISCO I. MADERO.



Los señores Madero y Bonilla, acompañados del general Huerta en uno de los balcones de la Fotografía Daguerre, donde se refugiaron del tiroteo, la mañana del 9 de Febrero de 1913.

Martes 11.—Empieza el ataque a la Ciudadela

A las 10.10 a. m. empieza el ataque a la Ciudadela con un terrible cañoneo que es contestado, verificándose una verdadera batalla en el centro de la capital, que dura ocho horas. Como se diera orden de atacar por los cuatro costados, por la avenida de Balderas había 800 rurales a caballo, que son aniquilados con las ametralladoras y los cañones de la Ciudadela, quedando tendidos en el campo cerca de 100. Las prin-

cipales posiciones de las fuerzas del Gobierno se encuentran situadas en la Rinconada de San Diego, en la Estación del Ferrocarril Nacional, en el Hotel Imperial cerca del Café Colón, en la primera de las Artes, en las calles de Lucerna y Prim, en el Teatro Nacional, en donde se halla emplazada una batería que después de algunos disparos de la Ciudadela, fué acallada, y en la esquina de los Arcos de Belén y el Niño Perdido. Se intentan desde estos puntos varios ataques a la Ciudadela sin ningún éxito.

Las posiciones de los felicistas al comenzar el combate, comprenden todos los edificios que rodean la Ciudadela, llegando sus avanzadas hasta la Asociación Cristiana de Jóvenes, desde cuyo edificio envían un nutrido fuego de ametralladora que causa numerosas bajas en las fuerzas del Gobierno que se encuentran en la parte Norte de la ciudad. En la mañana de este día, un cuerpo de voluntarios logra apoderarse del Parque de Ingenieros, situado en los Arcos de Belén.

Los felicistas trataron de acallar los cañones del general Maas, colocados en la Rinconada de San Diego, y mientras se fijó el tiro, las metrallas causaron muchos perjuicios en la zona Norte de la ciudad.

El presidente Madero se muestra optimista al juzgar las operaciones verificadas durante el día, declarando que tenía plena seguridad de que las fuerzas del Gobierno ocuparían al día siguiente la Ciudadela. Según los datos recogidos de los puestos de socorros, los muertos llegan en el día a 200, y a 300 los heridos.

En el hospital Juárez ocurren numerosas desgracias por haber caído algunas granadas en el interior del edificio, resultando heridos la mayor parte de los practicantes.

Miércoles 12.—Continúa el combate

La fase más interesante de los movimientos efectuados durante el día, fué la recuperación de la sexta comisaría, situada en la tercera calle de Victoria y cuarta de Revillagigedo. En esta acción tomaron parte las fuerzas pertenecientes a la columna del general Delgado, que operó en la zona Oriente de la Ciudadela. Después de haber sido recuperada esta importante posición, la columna del general Delgado continuó su avance por las calles de Revillagigedo hasta llegar al jardín «Carlos Pacheco,» cuya posición abandonó más tarde a causa del nutrido fuego de fusilería y ametralladoras.

Al ser atacados los felicistas que operaban en la zona Sur, hicieron funcionar sus cañones que estaban apuntados hacia el ángulo Noroeste de la cárcel de Belén, lo que determinó que se abriera una brecha por donde se evadieron los reclusos, muchos de los cuales fueron muertos al pretender fugarse, mientras otros se refugiaban en las líneas felicistas.

El general Angeles, al mando de la columna del Oeste, hace varios disparos sobre la Ciudadela, que causan pequeños perjuicios.

Se nombra comandante de la artillería al coronel Rubio Navarrete.

El Gobierno prohíbe el acceso a sus filas a las brigadas de la Cruz Roja, por temor de que informen a los defensores de la Ciudadela de los movimientos de las fuerzas contrarias.

A las once de la mañana el embajador de los Estados Unidos y los ministros de España, Inglaterra y Alemania, se acercan al Presidente de la República con objeto de que se establezca una zona neutral, pues empiezan a sufrir varios daños las colonias Juárez y Roma, en donde habitan gran número de extranjeros.

La ciudad presenta por la noche un aspecto pavoroso por la falta de gendarmes y a causa de que la mayor parte de las calles se encuentran sin el servicio de luz eléctrica. Sin embargo, a pesar de la evasión de los presos de la cárcel de Belén, el pueblo se mantiene en perfecto orden.

Durante la noche, numerosas familias que habían permanecido en las zonas de peligro, abandonan precipitadamente sus hogares, refugiándose en las colonias de Santa María, en el barrio de Peralvillo y en la cercana Villa de Guadalupe. Los artículos de primera necesidad comienzan a escasear y alcanzan precios fabulosos, a pesar de que por el Suroeste entran abundantes provisiones.

A la media noche, los defensores de la Ciudadela simulan un fuerte tiroteo de cañones y fusilería para lograr introducir nueve carros de pan, leche y otras provisiones.

Jueves 13.—El combate llega a su período álgido

El bombardeo de este día es el más terrible de todos los efectuados, pues los efectos de la artillería se hacen sentir con más intensidad en el centro de la capital y en la colonia Juárez, debido al cambio de táctica de parte de las fuerzas del Gobierno, que atacan en lugar de Norte a Sur, de Este a Oeste. La batería colocada cerca de la estación del Nacional al mando del general Angeles, causa enormes daños en las colonias Juárez y Cuauhtemoc. Una batería colocada en el hotel Guardiola atrae el fuego de la Ciudadela, cayendo algunas granadas en los clubs Americano y Alemán.

Despreciando el peligro, muchos particulares se acercan a los lugares donde mayor daño causa el fuego de la Ciudadela, pereciendo muchos curiosos. Al intentar los felicistas apoderarse de la torre de la iglesia del Campo Florido, las fuerzas del Gobierno los desalojaron después de una hora de combate. Parte de las baterías emplazadas en la zona

Sur, a las cuatro de la tarde dirigieron un terrible fuego de ráfaga sobre la Ciudadela.

Las posiciones de los combatientes son aparentemente las mismas que en los días anteriores; sin embargo, los felicistas parece que logran extender su radio de acción.

El ministro de la Guerra hace llegar a conocimiento del brigadier Díaz una comunicación, en la que expone que el fuego de artillería está causando graves males en vidas e intereses de no combatientes; que están en peligro los residentes extranjeros y los miembros del Cuerpo Diplomático, y que como esta conducta está en flagrante violación de las leyes de la guerra que se observan por las naciones civilizadas, le previene que si no limitan los fuegos a la zona de los combatientes, al caer la Ciudadela en poder de las fuerzas de su mando, serán considerados fuera de la ley todos los que la ocupan. El brigadier Díaz contestó manifestando que no dependía de él el que cesara el fuego, puesto que se le atacaba, y que, en último término, él y los suyos preferían morir en su puesto sin solicitar ni desear clemencias.

El Gobierno recibe el refuerzo de dos millones de cartuchos para rifle y cañón, procedente de Veracruz y traído por una escolta de cien hombres al mando del teniente coronel Gallardo.

Los cañones de la Ciudadela son apuntados hacia Palacio y una bomba cae cerca de la puerta Mariana, causando la muerte de varios soldados.

Viernes 14.—Negociaciones de paz

Después de una junta del Senado en la casa del senador ingeniero don Sebastián Camacho, un redactor de un periódico logra entrevistar al señor licenciado don Francisco León de la Barra, obteniendo de él la siguiente declaración que textualmente publicamos. Dijo el señor de la Barra:

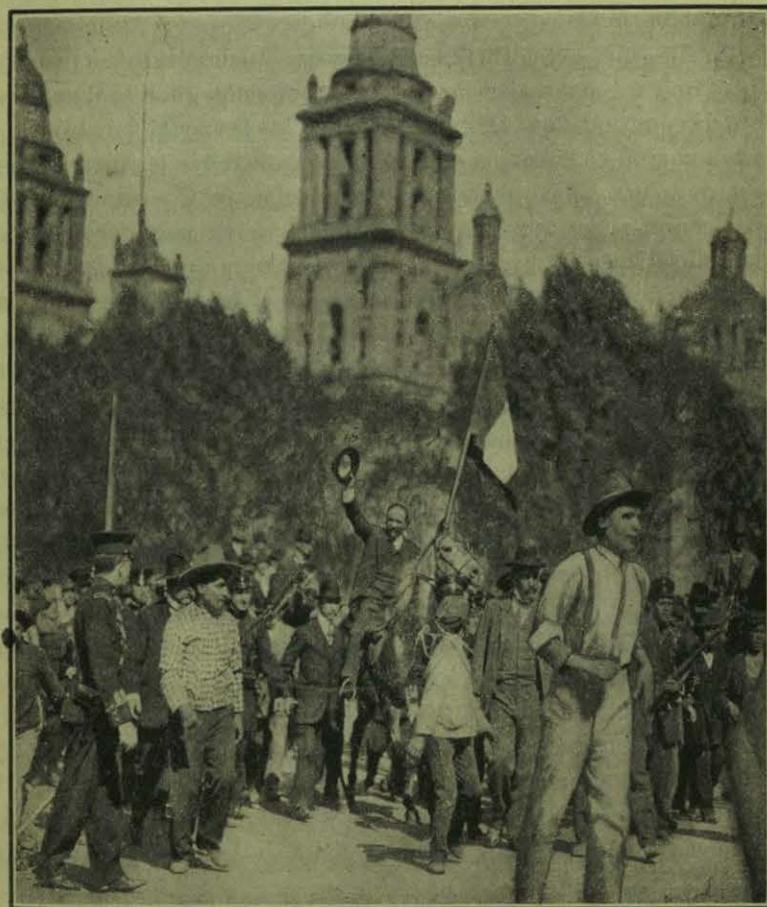
«El lunes en la noche dirigí una carta al señor Presidente Madero, en la cual le manifesté que, inspirado en sentimientos de patriotismo y humanidad, le expresaba mi disposición de servir como intermediario entre el Gobierno y los revolucionarios para encontrar una solución que evitara la efusión de sangre de hermanos en nuestra Patria.»

«El señor Presidente a la media noche de ese día (lunes 10) me envió la respuesta, indicando que no estaba dispuesto a tratar con los rebeldes.

«Anoche, continuó el señor de la Barra (es decir el día 13) tuve en la legación de Inglaterra una conferencia con el señor general Angeles, que había estado a ver al señor Stronge para tratar del cambio de colocación de unos cañones situados frente al edificio que ocupa la represen-

tación de Inglaterra. Hablé con el señor general Angeles y en el curso de la conversación se trató de la posibilidad de llegar al acuerdo ansiado por todos.

«El señor general Angeles transmitió al señor Presidente Madero dicha conversación, y hoy en la mañana, a las diez, fué en automóvil el citado militar a mi domicilio actual en la tercera calle de la Rosa para



Llegada del señor Madero al Palacio Nacional después de iniciado el movimiento de la Ciudadela, la mañana del 9 de febrero de 1913

suplicarme, en nombre del señor Presidente, que me sirviera pasar al Palacio Nacional.

«En la entrevista, que fué bastante larga, quedé autorizado para hablar con los señores general Díaz y Mondragón, a efecto de que se concertara un armisticio y se nombraran dos comisionados por cada parte que estudiaran la forma de solucionar el conflicto.